ROVIRA Y SERRA

LA VENUS NEGRA

COMEDIA DRAMÁTICA

en un acto y en prosa, original

Copyright, by M. Rovira y Serra, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
5086.

LA VENUS NEGRA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA VENUS NEGRA

COMEDIA DRAMÁTICA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL ROVIRA Y SERRA

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1909

PERSONAJES

ADELINA.
DOÑA CARMEN.
JUSTA.
DOCTOR MENDO.
DON FELIPE.
EDUARDO.
UN CRIADO.

Acción en Madrid.—Año 1909.—En invierno

Derecha é izquierda, las del actor

Esta obra ha sido representada por primera vez en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO de Madrid, el día 22 de Junio de 1909, por la Compañía del notable primer actor D. Francisco Rodrigo, é interpretando respectivamente los personajes las Sras. Cano y Vedia, Srta. Tamames y Sres. Rodrigo, Portes, Sánchez y Trujillo; actuando de apuntador y traspunte respectivamente, los Sres. Ferro y Mallén.

ACTO UNICO

Elegante gabinete en el piso alto de un espléndido hotel en el ensanche de Madrid, decorado y amueblado con mucho lujo y confort.

Una puerta á la derecha y otra á la izquierda; al foro, galería de cristales, mirando al jardín; en el ángulo de la izquierda, la chimenea.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON FELIPE sentado en una butaca al calor de la lumbre de la chimenea; se le ve completamente abstraído y apesadumbrado: al levantarse el telón, se seca unas lágrimas; transcurridos unos segundos aparece el DOCTOR MENDO por la derecha; al reparar en don Felipe se detiene, mueve la cabeza con disgusto y se dirige luego á don Felipe sin que éste se aperciba, hasta ponerle la mano en la espalda; al darse cuenta don Felipe domina con dificultad su estado de ánimo, fingiendo constantemente estar alegre

MENDO (Con aparente seriedad y ahuecando mucho la voz.) ¡Venerable anciano!

FEL. ¡Augusto!...

MENDO Venga un abrazo!

FEL. ¡Y mil!

MENDO Aprieta... ¡Padre sapientísimo!...

FEL. ¡Qué sorpresa!...

724355

MENDO ¿Agradable?

FEL. Y no poco; pero... dime, dime: y ¿cómo por Madrid?

MENDO Ya ves: tu carta ha podido más que mi Manicomio de Alpurria: ¡mira tú si han tenido poder tus letras!

FEL. Era noticia que debía darte.

MENDO He abandonado á mis buenos alienados por venir á cuidar de los locos que andan sueltos.

FEL. Tú siempre filosofando.

MENDO Y tú envejeciendo.

FEL. Lo dirás por las canas...

MENDO Como que se me ocurre preguntarte si te tiñes de blanco.

FEL. ¡Qué cosas tienes!

MENDO Alejado de Madrid, no estoy al tanto de la moda.

FEL. Siempre de buen humor...

MENDO Figúrate: vivir entre locos...

FEL. ¡Qué vida la tuya!...

MENDO ¡Hermosa!... envidiable para todo hombre de ciencia: ¡volver á la Humanidad á su juicio!... ¿te parece poco, amigo Felipe?

FEL. Es excesiva tu abnegación: eres ya muy rico; debieras retirarte, Augusto.

MENDO A un monasterio, como tu hijo.

FEL. A descansar: tienes derecho á ello.

MENDO Pero todo el mundo tiene derecho á la vida, y los perturbados viven constantemente en la muerte; por eso la ciencia tiene el deber de procurar que vuelvan á la realidad de la vida.

FEL. ¡Altruista infatigable!

MENDO No soy más que un médico cuerdo. Tú abandonaste la medicina para gozar de tus rentas y sumirte en el aburrimiento...

FEL. ¡Exageras!...

MENDO Yo vivo constantemente luchando y sin tiempo para amodorrarme al calor de la lumbre.

FEL. ¿Me acusas?

MENDO Por eso, no; sólo me limito á criticarte: debes respetar mi crítica racional. (Pausa.)

Pero, de lo que sí te acuso, es de algo más importante...

FEL. Es vocación de Eduardo: créelo.

MENDO Es locura en tu hijo y falta de energías en tí.

FEL. ¿Qué quieres?... Al fin me ha convencido.

MENDO Te ha contagiado.

FEL. Si yo te contase...

MENDO ¿Para qué? Tu carta es todo un poema; pero, entre líneas, se adivina la triste elegía.

FEL. Estoy satisfecho... contento..

MENDO Mentira.

FEL. Augusto...

MENDO Mentira: como suena. ¿Acaso un padre puede estar satisfecho de la muerte de su hijo? Yo no los he tenido por el temor de perderlos... Mis enfermos constituyen mi única familia.

FEL. Eduardo vivirá...

MENDO Para sí: á lo egoista. ¡Eduardo fraile!...

FEL. Será monje de...

MENDO Perdóname que haya vulgarizado la palabra. Para mí... y antes también para tí, daba lo mismo. En pleno Congreso de los Diputados, hiciste la apología de la Revolución, calificando á esas gentes de almas muertas, y de algo más que no tengo para qué recordarte; tronabas de continuo contra esa sociedad que educa á sus hijos en conventos y bajo la advocación de santos y de santas, y tú consentiste más tarde en que tu hijo incurriera en la propia vanidad y vicio de origen, ¿para qué? para lograr que le catequizaran y le convirtiesen de hombre útil y provechoso para sus semejantes, en un ente completamente inútil, por no decir contrario al progreso y á la civilización.

FEL. Cuando le oigas, tal vez no hables de esta suerte.

MENDO En cuanto me oiga se convencerá de su error.

FEL. No se convencerá.

MENDO Fingirá no convencerse; la hipocresía habrá ya tomado cuerpo en él; es patrimonio de

esas gentes. ¡Un notable ingeniero, metido á fraile!... Hay que ver... ¡La vida y la inercia confundidas!... ¡Qué sarcasmo!...

FEL. Si no te molestase, me atrevería á suplicarte...

MENDO Que me marche...

FEL. ¡Por Dios, Augusto! ..

MENDO Sí... lo comprendo. ¿Con qué derecho vengo yo á esta casa para trastornar vuestros santos propósitos? Nuestra amistad de la niñez, vale poco.

FEL. Vale mucho. ¡Eres mi mejor amigo!

MENDO Precisamente por esa prenda de amistad he venido á Madrid. Pero... queda con Dios... (Dándole la mano.)

FEL. ¡Augusto!...

ESCENA II

DICHOS; JUSTA por la derecha con una taza de caldo, una copita, servilleta y una botella de chartreusse en una bandeja

JUSTA ¿Da el señor su permiso?

FEL. Pasa, Justa.

(Justa deja el servicio en un velador.)

MENDO ¿Todavía no has dado con un buen marido?

JUSTA ¿Se burla usted?

FEL. Pues... Justa se casa pronto.

MENDO Me alegro.

JUSTA Con el cochero del señor, pero seguiremos al servicio del señor.

FEL. Sí: con Juan.

MENDO Menos mal; porque ahora con el viaje eterno de Eduardo...

FEL. ¡Augusto!... (La doncella se sorprende.)

MENDO A tu señor le harán falta buenos cuidados y mucha compañía.

FEL. (A Justa.) Puedes irte.

JUSTA ¿Manda algo más el señor?

FEL. Yo llamaré. (Vase Justa por donde entró.)

ESCENA III

DON FELIPE y DOCTOR MENDO

MENDO ¿Te habré parecido indiscreto?

FEL. No importa: Justa es de confianza.

MENDO Ahí tienes: has debido consultar con ella el argumento de ese drama de familia: dícese que Moliére leía sus obras á la criada.

FEL. Te agradecería que hablásemos ..

MENDO De todo, menos de lo que importa: no temas; hasta si te parece, dejaré de ver á tu hijo... en el supuesto de que esté visible.

FEL. Eso no: de ningún modo.

MENDO Sentiría molestarle.

FEL. No conseguirás que desista de su vocación.

MENDO Ni siquiera pretendo intentarlo.

FEL. (Disponiéndose á tomar el caldo.) ¿Gustas?

MENDO Que te aproveche. Observo con profundo pesar que tu convicción no es menos arraigada que la suya; esas gentes han minado bien el terreno: es labor que hacen á maravilla. Veo que por no dejar de ser adicto á los frailes, hasta tomas para buena digestión tus copitas de Benedictino. (Por la botella.)

FEL. ¡Eres mordaz!... (Toca un timbre.)

MENDO Lo único que dan los padres... pero á cambio de su negocio. Eduardo será benedictino?

FEL. Su contemplación á las cosas divinas, será mayor todavía.

MENDO Pues... fraile trapense: sobre todo, parece que tienen menos que hacer.

(Aparece un Criado por la derecha.)

FEL. (Al Criado.) Dile al señorito que venga. Avisa por teléfono. (Vase el Criado.)

MENDO ¿Por teléfono?

FEL. Es para el servicio interior.

MENDO Comprendo: á especie de torno; para que se vaya acostumbrando; me parece divinamente.

FEL. Así se le incomoda menos.

MENDO No en balde he observado al entrar en tu hermoso hotel cierto silencio monástico y cierta beatitud en el semblante de todos; me ha impresionado; tal vez consigáis que se me pegue algo.

FEL. ¡Es imposible evitar el destino de los hombres!...

MENDO ¡Ah!... ¿conque también crees ahora en el destino?

FEL. ¿Quién lo duda?

MENDO Pues... á lo que parece, el destino se habrá torcido para Adelina; porque cuidado que vaticinábais poco el casamiento de Adelina con tu hijo; teníais la boda concertada.

FEL. Mi cuñada y mi sobrina, se han convencido como yo.

MENDO Pero no se habrán resignado; Adelina quiere á tu hijo con alma y vida, y tu hijo con su locura cometerá dos asesinatos...

FEL. Pero... ¿vas á hacerme el favor?...

MENDO Sí: dispensa; me meto otra vez en lo que no me importa. ¿Te ha sentado bien el benedictino?

FEL. Parece.

MENDO Cuídate: estás enfermo.

FEL. Enfermo, no: tengo inapetencia.

MENDO Tienes el corazón herido y el alma dormida, Felipe: eso tienes. (Aparece el Criado.)

CRIADO Dice el señorito que no puede salir ahora de su gabinete.

FEL. Bien está. (Vase el Criado.)

MENDO Pues está muy mal; eso me parece sencillamente una falta de respeto.

FEL. Estará ocupado en sus meditaciones.

MENDO Son las reglas monásticas que se imponen á los derechos del padre y al amor á la familia: por ahí se empieza.

FEL. No tiene importancia.

MENDO La que yo le doy y la que tú le quitas.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA CARMEN y ADELINA en elegantes trajes de calle, por la derecha

CAR. Buenos días.
MENDO ¡Ah!... ahí tienes á Carmen y á su hija.
CAR. ¿Cómo está usted, doctor?
MENDO Mejor que ustedes.
CAR Lo creo.
MENDO ¿A qué negarlo?
ADEL. Buenos días, tío.
FEL. Buenos los tenga, Adelina.
CAR. (A don Felipe.) ¿Y tú, cómo sigues?
MENDO Mal, muy mal.
FEL. No lo creas: estoy mejor.
CAR. ¡Ay!... El momento fatal se acerca, doctor Mendo.
MENDO No hay más que ver: ya acuden las visitas para consolar al papá en su aflicción. (Adelina rompe á llorar.)
FEL. (Impresionado.) Permitidme que me retire...
MENDO Haces bien: tu sitio no es éste en éstos momentos.

(Vase don Felipe por la izquierda. El doctor Mendo le ve alejarse con pena. Adelina seca sus lágrimas. Doña Carmen muy nerviosa: se quita los guantes y toca un timbre.)

ESCENA V

DOÑA CARMEN, ADELINA, DOCTOR MENDO. A poco JUSTA por la derecha

CAR. ¡Bah!... ¡No llores, tontuela!...
MENDO Adelina llora por ella y por él: los frailes no lloran jamás por nada ni por nadie.
CAR. Quítate el abrigo y el sombrero.
MENDO ¿Van ustedes á permanecer mucho tiempo en esta *santa* casa?
CAR. Anoche se lo dije á usted.

MENDO Es verdad... perdone, Carmen; me olvidaba de que vendrían ustedes á almorzar.

CAR. Y... ya ve usted. (Por Adelina.)

JUSTA (Apareciendo.) ¿Llamaban las señoritas?

CAR. Sí, Justa; llévate los abrigos y los sombreros. (Justa ayuda á quitar los de doña Carmen y Adelina.)

MENDO (Desde el mirador.) Hasta las plantas del jardín me parecen más mustias. Nada: lo dicho: que en esta casa todo respira recogimiento y santidad: el ambiente es de incienso.

JUSTA (Por los abrigos y sombreros.) ¿Mandan algo más las señoritas?

CAR. No. ¿Y el señorito?

JUSTA En su gabinete. (Vase por donde entró.)

ESCENA VI

DICHOS, menos Justa. Se sientan

CAR. Con que vamos á ver, ¿qué ha pasado? ¿habló usted con mi sobrino?

ADEL. Eso: ¿ha hablado usted con Eduardo?

MENDO Todavía no; pero me basta con haber oído á su cuñado de usted; Eduardo estará hecho un sepulcro: lo estoy viendo.

CAR. No lo crea usted.

ADEL. Nada de eso; al contrario: hablando con él, nadie se da cuenta de su vocación...

MENDO ¿No anda con los ojos mirando al cielo... ó pegados al suelo?..

ADEL. No señor, no.

CAR. ¡Parece imposible!

MENDO ¡Ni anda á paso de místico... ni habla al compás de sus rezos!...

CAR. No notará usted en él ninguna de esas cualidades.

MENDO Externas; llamémoslas de indumentaria corporal; pero en el fondo...

CAR. En su fondo es un monje...

MENDO Loco de remate.

CAR. Un monje completo. ¡Si viera usted la pena que me da!..

MENDO Me hago perfecto cargo que ahora le dé á usted pena.

ADEL. Yo temo hablarle.

CAR. Sólo en presencia de Adelina suelen apagarse sus ojos; y cuidado que Eduardo los tiene hermosos, como mi difunta hermana.

MENDO Huye de la tentación... Se acordará de San Antonio. Y diga: ¿cuándo es la reclusión en el claustro?

CAR. Pues ya dije á usted ayer que esos buenos señores de la Congregación indicaron que del diez al veinte estuviera dispuesto, que mandarían por él para llevarle de novicio al Monasterio.

ADEL. Faltan cinco días, doctor.

MENDO Para vencer el plazo; pero se les puede ocurrir mandar antes; esos señores gozan con la incertidumbre y el misterio.

CAR. ¡Ay!... yo estoy con el alma en un hilo.

MENDO ¡Pero... todavía tiene usted alma!

ADEL. ¡Y tanto cómo decía quererme!... ¡Eduardo mintió!...

CAR. Causará la desgracia de Adelina... su muerte... ¡Infame!

MENDO Señora... no le acuse usted: ese lenguaje no es propio de una buena cristiana.

CAR. Lo merece. ¡Dios me perdone!...

MENDO Observe que antes debe usted acusarse á sí misma.

CAR. ¿Yo?

ADEL. ¿Mamá?...

MENDO No olvide que Eduardo perdió á su madre en la infancia, y que usted...

CAR. Hice lo que debía, doctor Mendo; inclinarle á nuestra santa Religión...

MENDO Pero sin exageraciones.

CAR. Como Dios manda...

MENDO Dios no manda sacar las cosas de quicio; y usted, en tratándose de esos asuntos, lo lleva todo lanza en ristre.

CAR. ¡Quién iba á pensar...!

MENDO Se siembra al acaso; pero cuando la semilla

es fructífera y el terreno á propósito, los frutos se producen á satisfacción. Usted ha influído con grandes dispendios y con no pocos donativos á propagar esa constelación contraria á la Naturaleza.

CAR. No diga usted eso, por Dios... ya usted ve que Adelina...

ADEL. ¡Yo... nunca!...

MENDO Adelina es vida, es luz de sol: la conozco bien; Adelina cumplirá en la tierra su misión de mujer; Eduardo es un ser completamente negativo.

ADEL. ¡Se me ocurren unas ideas, doctor Mendo!...

CAR. ¡Hija mía...!

MENDO Déjela usted; las fibras despiertan; el amor se rebela á las injusticias!...

ADEL. ¡Sólo con oirle, me da usted alientos para todo!...

MENDO He traído un nuevo rayo de luz á tu imaginación: aprovéchalo, Adelina.

CAR. ¿Pero... es posible que usted no logre convencerle?

MENDO Los fanáticos no transigen; son irreducibles.

CAR. Según usted... no piensan.

MENDO No sienten, que es peor.

CAR. Exagera usted.

MENDO Cierto: exagero; sienten el bien propio y la envidia del bien ajeno en la libertad de la vida.

CAR. Juzga usted mal á los religiosos.

MENDO Distingo. Juzgo á los monjes... descalzos y no descalzos.

ADEL. Precisamente: si nos fijamos en Eduardo...

CAR. Para mí Eduardo ha perdido el juicio.

MENDO Porque sacrifica á su hija de usted, echándola en olvido.

CAR. No sólo por eso.

MENDO Sólo por eso; dados sus entusiasmos de usted en esas cosas, jamás se le habrá ocurrido tener por loco á nadie que haya abrazado—como se dice—la vida monástica. ¡A cuántos habrá usted admirado como cuerdos y aun como sabios!

CAR. Los hay: no lo dude usted.

MENDO ¡Ah!... Si fuese posible un balance de alegrías y tristezas producido por esos seres que cambian su legítimo nombre y el ropaje de la vida, por un caprichoso nombre de santidad y un hábito á semejanza de sudario!... Crea usted, Carmen, que la suma de tristezas sería interminable. Adelina será un sumando en la página negra del balance próximo, y usted, como madre, el primer guarismo de ese sumando.

CAR. No dejo de temer las consecuencias de ese desastre.

MENDO Lo califica usted cuerdamente.

CAR. Quise decir...

ADEL. Has dicho bien.

MENDO No se arrepienta usted; es frase sentida: no pensada.

ESCENA VII

DICHOS, el CRIADO por la izquierda

CRIADO El señorito Eduardo, que si no importuna á los señores, pasará á saludar.

MENDO ¡Ah!... muy bien, puedes decir al señorito Eduardo que esperamos gustosos su saludo. (Vase el Criado por la misma puerta.)

CAR. ¿Pero... ha visto usted qué ridiculez?

MENDO Las reglas monásticas imponen ceremonia; precisamente usted debe saber mucho de esas cosas.

CAR. ¡Ay!... Crea usted que... las olvidaré para siempre.

MENDO Por haber escarmentado en cabeza propia.

CAR. ¡Qué desgracia la nuestra!

MENDO Esto se llama herir por los mismos filos.

ADEL. (Observando.) Aquí viene Eduardo.

MENDO Pues queda con él á solas.

CAR. ¿Pero... usted?

MENDO Antes que la ciencia... el amor.

(Vanse por la derecha doña Carmen y el doctor Mendo. A poco de quedar sola Adelina entra Eduardo por la izquierda.)

ESCENA VIII

ADELINA, EDUARDO

EDUAR. ¿Pero... no estaban contigo tu mamá y el doctor Mendo?

ADEL. Cierto... sí.

EDUAR. Pues... entonces...

ADEL. ¿Cómo diré yo...?

EDUAR. ¿Les molestaría mi presencia?...

ADEL. Me ha parecido que el doctor estaba... así... como algo violento...

EDUAR. Me ha dicho mi padre que deseaba hablarme.

ADEL. Y lo desea... ciertamente; pero... volverá, no lo dudes.

EDUAR. ¿Ha quedado en volver?

ADEL. No se ha marchado, no; quizás haya ido con mama... eso es: sí... precisamente... entran en el invernáculo... (Viéndolo desde el mirador.) Fijate.

EDUAR. No lo dudo. (Sin atender á Adelina. Se sienta hacia la derecha, saca un libro de bolsillo y se dispone á leer. Después de una pausa se dirige Adelina hacia él con cierto recelo.)

ADEL. Renuncias á todo... á todo, menos á tus libros; ¡embebido constantemente en ellos!

EDUAR Me falta mucho que aprender todavía, Adelina.

ADEL. ¡Con saber tanto!...

EDUAR No lo creas: los mortales dejamos el mundo sin saber apenas nada.

ADEL. Claro: como que tú renuncias á él en vida; bien pudieras aprender algo más si permanecieses en el mundo.

EDUAR. Permaneciendo en él, hay que seguir la corriente como el río por su cauce, y créeme que á ese paso iría á parar con todos á un antro de perdición, que Dios castiga severamente.

ADEL. ¿Peca también el amor?

EDUAR. Siendo á las cosas divinas, no; siendo á las cosas humanas, peca siempre.

ADEL. Pues yo debo ser muy mala, Eduardo, muy mala.

EDUAR. ¿Por qué?

ADEL. ¡Y me lo preguntas?

EDUAR. Sólo hemos sentido simpatía el uno por el otro; olvídala.

ADEL. No dices verdad.

EDUAR. No he faltado nunca á ella en conciencia.

ADEL. ¿Hablas con el corazón?

EDUAR. Siento con el corazón.

ADEL. ¡Me has hecho mucho daño!

EDUAR. Habrá sido inconscientemente.

ADEL. Amándome: así me has herido.

EDUAR. (Levantándose.) ¡Adelina!

ADEL. Yo fuí hacia ti con el pensamiento; tú viniste hacia mí con la expresión... y luego... luego nos compenetramos en espíritu.

EDUAR. Te pido por Dios...

ADEL. Tengo derecho á recordártelo; cuando estés lejos de nosotros para siempre, aun entonces te habré de recordar... tal vez para odiarte, aunque no quiera.

EDUAR. ¡Adelina!

ADEL. He quemado tus cartas... no temas; no hay justificación posible de tus juramentos; sólo yo, ¡la víctima!

EDUAR. Escribí aquellas cartas sin conciencia de mis actos.

ADEL. El amor no reflexiona, yo te quise sin pensarlo, ¡lo sentí aquí dentro! ¿Con qué derecho viniste á turbar mis ilusiones de amor y de vida?

EDUAR. Me alejaré de tí sin remordimiento alguno

ADEL. Lo creo; hace tiempo que ni ries ni lloras: eres impasible.

EDUAR. La risa y el llanto son falsas expresiones.

ADEL. Yo veo en las imágenes retratado el llanto.

EDUAR. El artista no tiene otro medio de manifestar el sentimiento en su obra: es pura ficción.

ADEL. Bien lloraste por la muerte de tu madre.

EDUAR. Era inconsciente.

ADEL. ¿Llorarás por la de tu padre?

EDUAR. La sentiré, si Dios dispone que me preceda en la muerte.

ADEL. No te impresionarán mis lágrimas, no.

EDUAR. Las estimaré como suave rocío de un amor que no ha despertado.

ADEL. ¡Eso crees!

EDUAR. Estoy convencido.

ADEL. No dudo que lo estés de tu propósito. pero no de mi amor. Tú piensas en una vida de recogimiento y austeridad, lejos del mundo; yo pienso en la vida de mujer, que es la mía, combatiendo entre las pasiones y los odios y veo en el horizonte de ese futuro el recuerdo vivido de una llama que tú encendiste y pretendes apagar inútilmente con tu cruel indiferencia.

EDUAR. No temas, sé buena y hallarás el digno compañero de tu vida.

ADEL. Tal vez por conveniencia mundana.

EDUAR. Por amor humano.

ADEL. Pero siempre postergado al tuyo; tú te habrás llevado mi virginidad de espíritu.

EDUAR. Me acusas injustamente.

ADEL. Te acusa el sentimiento, que es inspiración del Dios verdad.

ESCENA IX

DICHOS, DOCTOR MENDO por la derecha; habrá salido poco antes de terminar la escena

MENDO Déjale, Adelina.

ADEL. (Corriendo hacia el Doctor. Se abraza á él llorando.) ¡Doctor Mendo!

MENDO Seca tus lágrimas, no las merece.

ADEL. ¡Ha sido cruel conmigo!

MENDO Sin darse cuenta, como la roca que al derrumbarse, aplasta. Vete, Adelina.

ADEL. ¡Doctor Mendo!

MENDO Yo soy el culpable de tus lágrimas.

ADEL. ¡Usted es mi consuelo!

MENDO Déjanos.

ADEL. (Hace medio mutis llorando. Reponiéndose súbitamente dice á Eduardo) ¡Me sentiría feliz aborreciéndote! (Desaparece por la izquierda.)

MENDO (Después de una pausa. Durante este diálogo Eduardo ha aparentado impasibilidad, no indiferencia.) Excuso el saludo de educación y cumplido. Basta con ese. (Por Adelina.) Si no te molesta hablar con el amigo de tu padre...

EDUAR. Todo lo contrario.

MENDO Podemos sentarnos.

EDUAR. Si usted lo prefiere .. (Se sientan.)

MENDO Tiempo tendrás para sufrir por Dios otras privaciones. (Otra pausa.) Mírame á la cara, Eduardo; no extravíes la vista para que puedas leer en mi semblante la verdad de mis palabras.

EDUAR. No he dudado nunca de usted ni de su saber.

MENDO Deja al alienista, mira sólo al hombre que te quiere como á tu padre, amigo entrañable de toda la vida. Yo te hablo por él y por mí.

EDUAR. ¿Por mi padre?

MENDO Sí, por tu padre, por tu padre, cuando su alma no se había sumido en el letargo que tú le has producido por ese fenómeno indefinible, que confunde las ideas y deja el craneo hueco de cerebro y el corazón atrofiado para ejercer en el individuo la afrentosa sugestión.

EDUAR. Por inspiración divina haré mis votos; mi padre accede por inspiración divina.

MENDO Solamente los locos creen en esas falsas inspiraciones; todas esas cosas son arcáicas; pasaron á la historia de pergaminos.

EDUAR. ¿Me cree usted loco, doctor Mendo?

MENDO Loco ó cobarde, pero en ambos casos te creo un mal hijo.

EDUAR. (Levantándose.) ¡Doctor Mendo!

MENDO Siéntate... siéntate y escúchame con resignación; si eres convencido, debes resignarte á todo: Dios sufrió mayores vejaciones... y era Dios.

EDUAR. (Sentándose.) ¡Alabado sea!

MENDO ¿Te das tú buena cuenta de que con el acto que vas á realizar acabarás con la vida de tu padre?

EDUAR. No lo crea usted.

MENDO ¡Si le estoy viendo en la agonía!

EDUAR Mi salvación le revivirá.

MENDO ¡Tu salvación!.. ¡Fanático egoista! Y los náufragos que luchan en el mar de la vida, ¿no merecen más respeto y veneración que tú, que por no luchar con ellos te entregas al vicio de la inercia?

EDUAR. Nuestra labor es la de Dios.

MENDO ¡Mentira! ¡El Creador inspiró sus doctrinas en la libertad y en el amor!

EDUAR. Usted olvida sin razón el bien que han hecho á la Humanidad las comunidades religiosas.

MENDO Sin ellas, hubiéramos llegado antes al progreso; con ellas, se apagó el sol en los dominios de nuestra España. (Pausa.)

EDUAR. Mi consideración y respeto hacia usted me imponen el deber de oirle.

MENDO Comprendo, pero no el goce de escucharme.

EDUAR. Le atiendo á usted.

MENDO Por cumplido, por rutinaria forma de educación; son los últimos hálitos de prudencia del sér que vive entre sus semejantes; pronto quedarás sujeto á la esclavitud del despotismo claustral; será el paréntesis negro de tu existencia á las puertas de la eternidad; y luego, ¿qué?

EDUAR. Espero la recompensa en la otra vida.

MENDO En el supuesto de que la haya, ¿crees acaso merecerla?

EDUAR. Seré digno de Dios.

MENDO Exaltación del fanático que no repara en ser indigno á su patria, á su padre y á su amor.

EDUAR. Mi verdadera patria es la patria celestial y mi padre el Creador.

MENDO Desprecias á quien te dió el sér cumpliendo precisamente con el fin de la creación. ¿Tú sabes cómo razonas? ¿Te das cuenta de que delinques?

EDUAR. No delinque quien se entrega á la fe.

MENDO Te debes á tu padre y á los tuyos por cariño, por agradecimiento, por humanidad.

EDUAR. ¡Doctor Mendo!

MENDO Eres un sér despreciable.

EDUAR. Me resigno á todo.

MENDO Te acuso en nombre del Progreso y de la Ciencia.

EDUAR. ¿Con esa desconsideración trata usted á sus alienados?

MENDO Primero con el amor y la reflexión; luego con la fuerza de la razón sobre el desequilibrio: este es mi régimen: así lo emplearía contigo á ser posible.

EDUAR. Soy libre de mis actos.

MENDO Por el código de los hombres: no por los dictados del bien.

ESCENA X

DICHOS, el CRIADO por la derecha. Luego DOÑA CARMEN. Por último ADELINA.

CRIADO Dos caballeros preguntan por el señorito.

MENDO Vendrán por tí: ahí les tienes.

EDUAR. Feliz coincidencia.

MENDO Siempre oportunos.

EDUAR. ¿Han dicho...?

CRIADO Nada; esperan.

CAR (Entrando.) Los enviados de la Congregación.

EDUAR. Soy con ellos al momento. (Vase el Criado por la derecha. Eduardo vase por la izquierda.)

CAR ¡Cruel!

MENDO Por su actitud de usted adivino la verdad, Carmen.

CAR. ¡Gracias, doctor Mendo!

ADEL. (Viene azorada y precipitadamente.) ¡Doctor!... ¡Mamá!...

CAR ¡Adelina... hija mía!

MENDO Resígnate, Adelina.

ADEL. ¡Son ellos! ¡Vienen por Eduardo! ¡Nos lo roban! ¡No... no es posible!

CAR. ¡La voluntad de Dios!

ADEL. ¿No te rebelas conmigo? ¿Y usted, doctor?
MENDO Yo me rebelo; pero con la frialdad de lo justo.
ADEL. Sí, ¡fríos estáis! ¡indiferentes!
CAR ¡Adelina!
ADEL. Tú, por tus creencias, nada sientes; usted... impasible.
MENDO Soy la Ciencia.
ADEL. Pero yo soy la mujer que ama.
MENDO Por eso no reflexionas.
ADEL. Eduardo le habrá á usted convencido.
MENDO Lejos de eso.
CAR Espera, Adelina.
ADEL. Esperar, ¿qué?... ¡Luto eterno!
MENDO Celaje gris, precursor de un sol naciente.
CAR. (Por don Felipe y Eduardo que vienen por la izquierda; Eduardo con gabán y sombrero, don Felipe del brazo de su hijo.) Silencio.

ESCENA XI

DICHOS, DON FELIPE y EDUARDO por la izquierda

EDUAR. Rezaré por tí, por todos.
FEL. Si no perdura en ti la fe, retrocede en tu camino, Eduardo: estás á tiempo.
MENDO Tu hijo es un convencido.
FEL. Te lo dije, Augusto.
MENDO El día de su tránsito de novicio á fraile será el glorioso día de su vida.
ADEL. (Abrazándose á su madre y echando á llorar.) ¡Mamá de mi alma!
CAR ¿Te resignas, Felipe?
MENDO Y muy á gusto. ¿No lo está usted viendo?
EDUAR. Dame tus brazos, padre.
FEL. Y mi alma con ellos. (Se abrazan fuertemente.)
MENDO ¡Qué espectáculo!
EDUAR. ¡Tía Carmen!...
MENDO No trunques ese haz de amor maternal; déjalas con sus lágrimas.
CAR ¡Que Dios te bendiga!
EDUAR. (Tendiéndole la mano.) Doctor Mendo...

MENDO (Rechazando estrechar la mano de Eduardo.) Mi sangre es la del luchador, que rechaza el frío de tus manos.

EDUAR. ¡Dios sea con vosotros! (Vase por la derecha.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS menos EDUARDO

MENDO Ni una revelación del sentimiento, ni una sola lágrima. ¡Qué lúgubre es ese supuesto amor! Corre hacia una idea, no hacia un ideal de Humanidad y de Regeneración. Anhela abrazarse á la Venus negra, sin pasión, sin amor, sin conjunción de almas vividas, sin contacto de cuerpos donde hierve la sangre del Progreso. (Dirigiéndose á don Felipe.) Para nada de eso le trajiste al mundo, padre desdichado; los padres deben criar á los hijos para constituir el hogar inmenso del amor á la vida.

FEL. ¡Augusto!

MENDO Ya se llevan el cadáver de tu hijo; como metido en el ataud que arrastra el carro de la muerte; mira: parte el carruaje al galope; hasta los caballos son negros; faltan sólo los penachos de alquiler de pompas fúnebres; le llevan á enterrar... y á enterrar en vida. ¡Y no delinquen!... ¡Qué códigos y qué sociedad!...

FEL. ¡Augusto, por lo que más quieras!... ¡Sufro lo indecible!

MENDO ¿No despiertas todavía á mis lamentos?

CAR. ¡Doctor Mendo, no más, por compasión!... dudo de la verdad.

ADEL. ¡Todos sois cobardes!

MENDO ¿Qué sientes? ¿Eres padre ó momia gesticulando por vicio de vivir para la nada?

FEL. No, no, Augusto; siento, siento el vacío... ¡mi hijo me ha matado! (Rompe á llorar fuertemente.)

MENDO Por fin confiesas la verdad; por fin despiertas, libre de su sugestión. ¡Ja, ja, ja, ja!

CAR. No... no temas por tu hijo, Felipe.
FEL. ¿Qué? ¿Qué dices, Carmen?
ADEL. ¿Volverá Eduardo?
CAR. Gracias al doctor Mendo.
MENDO Gracias á la Ciencia; ella le lleva camino de mi manicomio de Alpurria.
ADEL. ¡Qué alegría!
FEL. ¿Habéis conseguido engañarle?
MENDO Como se engaña á los locos.
CAR. Lo merece.
FEL. ¡Eres mi amigo del alma!
MENDO La Ciencia te devolverá tu hijo y á Adelina su amor en la inmensidad de la vida. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA DRAMÁTICA

Obras dramáticas de Rovira y Serra

En castellano

El Juez de su causa (Herir con honra).—Drama de costumbres cubanas en tres actos y en prosa.

Dárdio.—Drama en tres actos y en prosa.

La Camorra.—Melodrama en seis actos, arreglado á nuestra escena, en colaboración con D. Joaquín Ayné Rabell.

El primer eslabón.—Monólogo en verso.

Sin gobierno.—Comedia en tres actos y en prosa.

Los tres estados.—Monólogo en prosa.

El parador de las golondrinas.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, con música del maestro D. Amadeo Vives.

Lucrecia.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, con música del maestro Martí Termes.

Cómo debiera ser.—Comedia en un acto, en prosa.

La fe que muere.—Drama en un acto, en prosa.

Río abajo.—Drama en tres actos, original.

La Venus Negra.—Comedia dramática en un acto, en prosa.

En catalán

Los Orfanets. Cuadro dramático en verso.

Lo dia del judici.—Comedia en un acto y en verso.

Vint duros per endavant.—Juguete en verso.

L'Anima de canti.—Parodia en verso del drama «L'Anima morta» de D. Angel Guimerá.

L'Hereu del Mas.—Drama en tres actos y epílogo, en verso.

La Nana.—Parodia del drama «Mariana» de D. José Echegaray.

¡Puput!—Juguete en prosa.

L'Aliga negra.—Drama en cinco actos y en prosa.

Carlos I.—Comedia en un acto.

¡Trampas!—Comedia en tres actos y en verso.

La Mel.—Drama en tres actos y en prosa.

Retorn.—Cuadro dramático en verso.

Els Minayres.—Drama en tres actos y en prosa.

Gent de Vidre.—Drama en tres actos y en prosa.

Riu Avall.—Drama en tres actos y en prosa.

Una Modelo.—Comedia en un acto y en prosa.

Precio: UNA peseta